

LO RARO EN LA HISTORIA

EL VELLOCINO DE ORO

"Tierra, mar, cielo, poblados de ensueños y verdades, nada es capaz de rivalizar con los griegos que, vencedores de la distancia y de los siglos, son los que tienen más derecho a nuestra gratitud filial".

Paul Risson

Doctor

HERNANDO GAITAN LINARES

EL LEGADO ETERNO

En el bajo latín, "leyenda", quería decir "cosa que ha de ser leída". Vidas de mártires y santos discurren por las leyendas, de la antigüedad al Medioevo, forjadas por la imaginación popular e hilvanadas y leídas devotamente en los refectorios de los conventos, en los oratorios de los pétreos castillos y en los hogares de los burgueses, al calor de la chimenea crepitante del mundo occidental. Pero los griegos y los orientales, unidos por los indisolubles lazos de una transculturación ancestral, fueron también tejiendo la leyenda de los dioses, de los héroes, de las bestias imaginarias. Transformada por la tradición ella llegó a ser producto vernáculo de grupos y de pueblos y se fue expandiendo con las caravanas y los barcos hasta los más apartados lugares del mundo desconocido, que a su paso se ensanchaba sin cesar. Así, héroes, santos y animales, atestigüando a favor de una acción o una idea, fueron, como hambrienta vorágine, saturando por generaciones, el cambiante mundo de las distintas latitudes. Como las obras de arte, que se van sublimando con el correr del tiempo, las leyendas santas y profanas, florecieron en la fábula, en el mito, en el cuen-

to y en el poema lírico. Bajo este influjo cobró el héroe dimensiones de dioses; la bestia imaginaria asentó sus reales en la literatura; tanto los animales buenos y humildes como los salvajes, cobraron cualidades humanas y dialogaron con las gentes en los bosques, en los prados, en las selvas, en el espacio y en las aguas.

Extraños personajes se sitúan con exactitud en sus épocas, precisos y definidos, como si se hubieran desarrollado de manera positiva. Sus diversas categorías se entrecruzan y resaltan en su infinita variedad; se enlazan con las religiones, son cosmogónicos, divinos y heroicos, en el mito que ha de eternizarlos.

Dioses, conductores, jefes militares, mujeres bellas, arpías, hechiceras, guerreros, marinos audaces y bestias raras y extrañas se fueron de la vida dejando al mundo su otro "yo". Y se fueron también sus creadores y apologistas, los que describieron, tallaron, esculpieron, fundieron, cincelaron o dibujaron en formas de la más viva e impresionante expresión, la imagen imperecedera de todo lo que el tiempo arrebató.

La leyenda y la historia se empeñaron en recoger para nuestra era la herencia generosa y fecunda de un mundo maravilloso que se hundió bajo las ruinas de una civilización que había llegado a su máxima altura de desarrollo, para dar paso a otras concepciones y a nuevas expresiones de una cultura que habría de proseguir el flujo inevitable del curso del tiempo.

Hombres y dioses, con las mismas virtudes, defectos y miserias llenan la vida prodigiosa de una época dorada, en que lo heroico, lo sublime y lo monstruoso trascienden de sus actos con esa extraordinaria expresión imaginativa que ha caracterizado a las sociedades desde su aparición en la tierra. La virtud y el delito constituyen patrimonio inexorable de las actividades humanas desde la oscura sima de su origen.

Las leyendas y los mitos han tenido la propiedad de ejercer su influjo poderoso y su encanto sin igual sobre la mente del investigador que busca en ellos los fundamentos y principios del saber, las ideas básicas de la religión y la filosofía

y los primeros albores de la historia. Para el lector desprevenido, constituye deleite el despliegue de atrayentes figuras y el espectáculo subyugante de un mundo espiritual en su vibrante gestación.

Acorde con el doctor Julio Wolf "el conocimiento del viejo cielo legendario contribuye esencialmente a la inteligencia del pensamiento y al sentimiento de las edades clásicas".

Parques, jardines y galerías de las grandes y nobles ciudades, testimonian el recuerdo imborrable —a través de esculturas, monumentos y lienzos famosos— del mundo maravilloso de las antiguas leyendas.

A la sombra de este árbol corpulento, la novela se ha convertido en un sobreviviente de la leyenda, que contempla la actividad, el pensamiento de una época y la sensibilidad y expresión de los pueblos. Casi podríamos afirmar, que este conjunto tradicional, perpetuado en la novela, constituye un estudio cabal de la humanidad. Pero sin aspirar a tanto, si es necesario reconocer que esta literatura, surgida como producto inconsciente de la imaginación, seguramente ha pretendido constituir una prueba, un testimonio sobre el inquieto cerebro de los seres conscientes.

A través de las civilizaciones ha proseguido incesante el desfile de la exuberante inspiración de fantasía de Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Horacio, Ovidio, Píndaro, Virgilio y tantos otros de oriente y occidente, que enmarcados por la fama, no han descendido a las tinieblas del olvido, sino que se mantienen enhiestos, viendo pasar los siglos y las grandes catástrofes que han afligido a todas las generaciones.

En este legado que involucra implacablemente la virtud, el delito y las nobles y bajas pasiones de la humanidad, resaltan el rapto y el secuestro, originados en la más remota antigüedad y que seguramente fue también práctica de los hombres y mujeres de los bosques y de las cavernas. Y es evidente, que a través de todos los tiempos el testimonio escrito registra, raptos famosos que conmovieron el mundo de nuestros lejanos ancestros. A este propósito, la joven y hermosa Io, hija

de Hinaco rey de Argos, fue arrebatada por mercaderes fenicios, mientras se deleitaba contemplando y acariciando en el puente de uno de sus barcos, bellos mantos y velos de púrpura de Tiro; Europa, a su vez, hija de un príncipe de Tiro, fue secuestrada de su propio palacio por marinos griegos, posiblemente cretenses; Medea, hija del rey de la Cólquida, fue seducida y llevada a Grecia por los Argonautas, que andaban en pos del Vello de Oro; Helena, la bella lacedemonia, esposa del rubio Menelao, rey de Esparta, también fue seducida y raptada por Alejandro (París), hijo de Príamo, rey de Troya; las esposas de los sabinos fueron raptadas por los romanos que andaban escasos de mujeres, en un banquete ideado al efecto. Pero como la lista sería interminable, no mencionaremos más por el momento.

Es oportuno consignar que todos estos célebres raptos, que hoy se denominan secuestros o se confunden con este vocablo, desencadenaron en los tiempos pasados guerras y acontecimientos del más palpitante interés.

La virtud también fue exaltada al máximo por los antiguos. ¿Quién no recuerda, la dignidad, la castidad y el señorío de Penélope, la de los blancos brazos y la de la tela famosa? Y qué no decir de Ifiginia y Antígona, hijas y hermanas amantísimas que no vacilaron en sacrificarse por su causa.

Hemos elegido la gran aventura de los Argonautas que tanta resonancia ha tenido desde 1360 a.C., hasta nuestros días, porque en ella se desarrollan las más expresivas manifestaciones de fantasía, de ingenio y de imaginación en un mundo en que coexistieron bárbaros y griegos en la más deslumbrante visión de mares, tierras y pueblos ignorados, con hábitos y costumbres raros y extraños muchos de ellos.

La más autorizada referencia de esta aventura nos llega por intermedio de Heródoto de Halicarnaso, justamente reconocido como el "Padre de la Historia". Este extraordinario personaje, nacido en 484 antes de Cristo, que edificó su versión histórica como producto de sus viajes y de sus experiencias, murió en el 425 de la misma era. En el primer volumen de su obra "Los nueve libros de la Historia", cada uno de los cuales lleva el nombre de una de las Nueve Musas de la Mito-

logía griega, consigna que los griegos habiendo navegado en un barco largo hasta el río Fasis, llegaron a Ea en la Cólquida, donde después de haber conseguido El Vellochino de Oro, objeto de su largo viaje, robaron al rey de esas tierras una hija llamada Medea. Su padre, por medio de un heraldo que envió a Grecia, pidió juntamente con la satisfacción del rapto, que le fuese restituida su hija; pero los griegos contestaron, que ya que los asiáticos no se lo dieron por el secuestro de Io, tampoco lo darían ellos por el de Medea.

Si nos situamos en el lugar de los hechos, la Cólquida era entonces una comarca del Asia al este del Ponto Euxino, hoy Mar Negro, y al sur del Cáucaso. Esta gran cordillera, hoy bajo influencia soviética, geopolíticamente hablando, constituye el punto de separación de los continentes europeo y asiático. Allí mismo, a su pie estaba Tracia que constituía entonces un gran reino, y que transcurrido mucho tiempo, se repartiría geográfica y políticamente en tres porciones que se asignaron, la occidental a Grecia, la oriental a Turquía y la del norte a Bulgaria.

Otra valiosa referencia, importante y muy completa sobre este tema apasionante, la procura Apolonio de Rodas, notable poeta y gramático de Alejandría, en su poema épico "Los Argonautas". Los hombres de su época afirmaron que Apolonio nació en 295 antes de Cristo y que murió en el 230 de la misma era.

Gracias también a que muchos bienes espirituales de valor imperecedero no se han hundido en el olvido, ya porque sus temarios han resistido la acción corrosiva del tiempo o ya porque otros hombres meritorios han defendido a toda costa esta herencia invaluable, se puede disponer hoy de elementos de juicio para una visión lo más objetiva posible del viaje de los griegos.

La obra del alemán Gustav Schwab, "Las más bellas leyendas de la antigüedad clásica", edificada en las versiones de las obras de Sófocles, Homero, Píndaro, Virgilio, Eurípides, Horacio, Ovidio y el colosal Esquilo, ha dado cabida a los más bellos mitos y leyendas de la Edad de Oro de los griegos. Con esta obra logró Schwab el anhelo del gran público, de apreciar la exposición cerrada de las leyendas de griegos y romanos, sin preocuparse de lo que fue en principio y lo que resultó después.

En cambio, en el campo de la técnica pura, la investigación científica ha estudiado en todos sus aspectos el acervo mitológico de la antigüedad, ha analizado a cabalidad sus fuentes y ha ordenado el abigarramiento de las distintas versiones. Esto, desde luego, al trocar el mito en historia, despoja a la leyenda de ese encanto original que reviste su esencia popular.

Muchos hombres han trasegado sobre el tema con la intención de aportar sus luces al conocimiento de la aventura de los expedicionarios griegos a la Cólquida. Entre ellos destaca por su objetiva y autorizada investigación sobre los viajes de descubridores y navegantes, el docto y polifacético hombre de estudio, viajero infatigable, piloto y experto en aviación, catedrático y autor de varios libros de reconocida importancia, el colombiano Mauricio Obregón, de quien nos hemos valido para reseñar la ruta de los Argonautas.

De cómo se forjó la leyenda.

Conforme a la tradición oral y luego escrita, que con el tiempo incursionaría en la historia, el joven y apuesto Jasón descendía de Esón, hijo de Creteo, a su vez hijo de Eolo. El abuelo del futuro Argonauta había fundado en una bahía del país de Tesalia, en la Grecia septentrional, la ciudad y el reino de Yolcos, que más tarde se conocería como Farsalia y hoy finalmente, Volos. Allí, precisamente en el año 48 A. de C., César venció a Pompeyo, dando lugar al poema épico de Lucano, en el siglo I de nuestra era. Con todos estos antecedentes y ocurrencias, la árida Tesalia vendría a ocupar un lugar importante en la geografía. Por muerte de Esón la herencia correspondía a Jasón, pero su tío Pelias se apoderó del trono. Muy joven, el heredero, fue conducido a donde el sabio preceptor Quirón, famoso centauro, a quien se confiaría también la educación del divino Aquiles. Desde el monte Pelió descenderían luego el maestro, su compañera Caricló y el pequeño Aquiles, a contemplar el navío de los Argonautas en el cual viajará hacia la Cólquida su padre Peleo, amante esposo de su madre la diosa Tetis.

Cuando habían transcurrido veinte años, Quirón pensó que su discípulo Jasón estaría alcanzando la edad necesaria para cumplir el destino que le reservaban los dioses. Pero ya secreta-

mente aquél había concebido la idea de reclamar su reino al usurpador. Partió pues hacia Yolcos como solían hacerlo los héroes, armado con dos lanzas, una arrojadiza y otra de choque, llevando su atuendo de viaje y cubierto con la piel de una pantera que él mismo había cazado. En su ruta hacia Yolcos, al llegar frente a un río observó que una anciana trataba inútilmente de alcanzar la orilla opuesta. Condolido, el generoso joven la alzó en brazos y la depositó al otro lado del río, pero una de sus sandalias se le quedó clavada en el lecho del fondo.

Mientras Jasón va rumbo a Yolcos, después de haber demostrado su generosidad de corazón auxiliando a la anciana, que no era otra que la Diosa Hera, que deseaba la ruina de Pelias y que en lo venidero sería inspiradora y protectora de aquél, es indispensable ocuparnos del Vellochino de Oro, antes de referir su encuentro con el ambicioso monarca.

Sucede que por entonces reinaba en Beocia el rey Atamante, casado con Néfele y quien tenía por concubina a la perversa Ino, cuyos malos tratos hacían insufrible la vida a los hijos legítimos, Frixo y su hermana Hele. La angustiada madre para remediar la cruel injusticia hizo raptar a sus dos hijos y los sentó sobre un carnero alado, cuya piel o vellón era de oro puro, que había recibido como obsequio del dios Hermes, (Mercurio), mensajero de los dioses, dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones. Así, "montados en el prodigioso animal, cabalgaron los dos hermanos por el aire, tierras y mares, a través". Atacada del vértigo de las alturas, la niña cayó del carnero y halló la muerte en el mar, que de ahí en adelante recibió el nombre de "Mar de Hele o Helesponto". Su hermano Frixo llegó por fin a tierras de Cólquida en la costa del Mar Negro. Bien recibido por el rey Eetes disfrutó de su hospitalidad y con el tiempo recibió como esposa a Calcíope, una de sus dos bellas hijas. Frixo, en agradecimiento, inmoló el carnero a Zeus y el vellón lo ofreció como obsequio al monarca Eetes. Este, gozoso con el áureo toisón, lo hizo sujetar con clavos en un bosque sagrado y para guardarlo le asignó un monstruoso dragón.

Pero resulta —que como ocurre con las cosas bellas— la posesión del gran tesoro, hacia depender la vida de su dueño de peligros que amenazaban su vida y de vaticinios que no debía olvidar jamás. Estos augurios advertían al rey que debía

precaverse de un hombre calzado de un solo pie y que su existencia dependía de la posesión del vellón de oro.

Esta historia la ignoraba Jasón, quien se había detenido frente al palacio de su tío en Yolcos. A su sola presencia todos los que asistieron a su llegada se maravillaron de su arrogante apostura y de su majestuoso porte, que los hizo pensar en la belleza del Dios Apolo.

Como ellos, la mirada del rey, que oficiaba un sagrado rito, se posó por un momento en el extranjero y observó con espanto que iba calzado de un solo pie. Pero sobreponiéndose a sus temores preguntóle con disimulada turbación sobre el objeto de su presencia en Yolcos. Jasón, comedido, pero animoso, le informó que era hijo de Eson y que ansiaba volver a ver la casa de su padre. Pelias le acogió afectuosamente y sin dejar traslucir sus inquietudes ordenó que le llevasen por todas las estancias. Durante cinco días se paseó extasiado por los lugares donde había transcurrido su infancia y rodeado de sus primos y parientes celebró alegres fiestas. El sexto día, pensando en su misión, acudió ante el rey y le manifestó que deseaba entrar en posesión del cetro real y que le dejaría en cambio todos los rebaños y todos los campos que habían sido de su padre. Pelias le respondió amablemente que estaba dispuesto a atender su demanda, pero que le pedía satisfacer y realizar para él una gestión que cuadraba con su juventud, ya que por sus achaques y su vejez no podía acometerla él. Le relató la historia del Vellocino de Oro y Jasón sin entrever los propósitos de su tío, prometiéndole intentar la aventura, desconociendo el mortal peligro a que se exponía.

Convocó al efecto a los héroes más famosos de Grecia y los invitó a participar en la temeraria empresa. Estos aceptaron entusiasmados y en asocio de los más hábiles artífices construyeron un barco de cincuenta remos con madera imputrescible al que designaron Argo, en honor de su constructor Argos, hijo de Arestar. El trabajo se llevó a cabo al pie del monte Pelión, bajo la guía de la diosa Atenea, que lo dotó de una tabla parlante extraída del roble profético del oráculo de Dordona. Adornada con bellísimas tablas, la nave se construyó tan ligera que podían transportarla a costas por espacio de doce jornadas. Atendidos a la suerte se fijaron las funciones de los cincuenta argonautas, que se prepararon entusiastas a la gran aventura.

En la ruta de los Argonautas

*"Nunca dejaremos de explorar
y al cabo de nuestros descubrimientos
regresaremos a nuestro propio puerto
y al fin lo conoceremos".*

T. S. Elliot

(versión libre de Mauricio Obregón)

Hay que partir y realizar la hazaña pues ya todo está listo y los hombres prestos a la maniobra. De Yolcos, hoy Volos, zarpó el Argo un día, del siglo XIII, antes de Cristo, cuando el universo era todavía muy estrecho para orientales y occidentales. Del pequeño mar interior, sobre el cual se eleva el Pelión, iniciaron el viaje hacia lo desconocido, cumplidos los sacrificios de rigor, en pos de tierras y mares ignorados por los griegos. La nave, larga y ligera se aleja lentamente por el estrecho que guardan la península de Triker y el Monte Klimo. Cuando el benéfico Noto comienza a soplar, los marinos "izan palo y vela y lanzan las drizas y dejando a estribor la isla de Skiotos avanzan recortando la costa de Magnesia. Pero de pronto deja de soplar el viento y sobrevienen la calma chicha y vientos contrarios que los obligan a arrastrar el barco en Aphatae "el sitio del último zarpe". Dos días más tarde vuelven a soplar vientos propicios y pasan costeano frente a Melibora y Eurymene rumbo al norte. A su derecha se alza majestuoso con sus 2.000 metros el Monte Ossa. Cruzan ante las bocas del río Amirus y dejan a estribor el imponente Monte Olimpo con sus 3.000 metros, residencia de los dioses y desafiante vigía entre Macedonia y Tesalia. Ya de noche cruzan el golfo de Termakos; doblan la península de Palene y al amanecer pasan frente al monte Athos, cuando repentinamente sobreviene otra vez la tediosa calma chicha y deben remar hacia el monte Skopía y la isla de Lemos. Remando siempre cruzan el golfo de Melas dejando a babor la isla de Imbros y a la izquierda la costa de Tracia para doblar al anochecer el Chersoneso y con la amanecida alcanzar la boca del "árido Helesponto". Repentinamente vuelve a soplar el benéfico viento del sur que les impulsa a los estrechos de la Turquía de hoy. Ya con la anohecida, a remo y vela logran el Helesponto, avizorando en la distancia la Troya que inmortalizaría Homero. Al amanecer del segundo día penetran al Propóndite o mar de Mármara, para llegar con el alba a Artake, después de cruzar las bocas del río Aese-

pus, hoy Gönen. Prosiguen luego hacia Erdek y de éste a Chitus al otro lado del istmo para que el viento que sopla del oeste los lleve hacia el Bósforo para enrumbar al oriente en las primeras horas de la mañana. En su anhelo de avanzar el impaciente Hércules quiebra su remo al pasar junto al río Rhyn-dacus cuando ya se aproximaban de anochecida a la ensenada de Cius. Aquí fue donde el conflictivo gigante se alejó de los Argonautas y prosiguió sin proponérselo el camino que le trazaron los dioses para realizar sus hazañas. Después de esperar-lo inútilmente algún tiempo el Argo se desprende de la orilla y dobla el Cabo Boz, pero privado de viento vara en la playa de Libiza, donde tiempo después el cartaginés Aníbal beberá el mortal veneno para no caer en poder de los romanos. Con el alba entran con buen viento en el Bósforo, escapando a duras penas del tremendo oleaje que reina siempre en este paso. Impulsados luego por el soplo de Etesio que refresca la tierra abrasada por Sirius, Argo se desliza para refugiarse en las tierras del rey Fineo, a quien, atormentan las Harpías, "los sabuesos de Zeus", por haber atraído la cólera del padre de los Dioses. Jasón y sus compañeros lo liberan de este azote y en cambio el adivino les instruye sobre el resto del viaje y el paso por entre las temibles rocas que custodian el cruce tras la curva del Bósforo en su parte más estrecha. A costa de tremendos esfuerzos logran cruzar por entre las rocosas y amenazantes Simplégades. Prosiguen su ruta hacia oriente siguiendo la costa meridional del mar, pasan frente al río Rehebas, dejan atrás las cimas de los montes Calone, cruzan la desembocadura del río Filis y recalán en el islote de Tineas. Al día siguiente se deslizan frente a los ríos Calpe y Sangarins y al decaer el viento reman frente al río Licris y enfilan la nave hacia el puerto de Aguerusios, cuyos arrecifes se enfrentan al mar donde desemboca el río Aquerón que nace en la cueva de Hades, en la que nunca reina el silencio, y cerca de la Laguna Antemoesiana. Demoran algunos días y aprovechando las brisas que soplan de occidente a toda vela pasan frente a las tierras de los Marian-dinis. En un día y una noche de vela arriban al cabo Zerempe. Zarpan al amanecer y avistan más tarde la península del cabo Sinop. Descansan durante doce días y reponen a los cuatro compañeros perdidos durante el viaje. Con buen viento prosiguen la ruta y llegan a las bocas del río Hales, el "Gran Río Rojo", el más caudaloso de esta costa, que desemboca al cabo Bafra.

Luego los Argonautas entran por tierras de los Cálibes y cuando cae la noche y amaina el viento divisan en la distancia la isla de Ares. Sin olvidar las recomendaciones del profeta Fineo pernoctan en este lugar en espera de una buena noticia. Esta consistiría en el hallazgo de los hijos de Frixus, el que voló con su hermana sobre el carnero rumbo a Colchis. Los acogen a bordo y tras un día de navegación "con viento suave", al atardecer pasan frente a la cueva donde el viejo Cronos, eterno infiel, fue sorprendido por su mujer Rhea, en plenos amores con Filira, hija del mar.

Guiados por el hijo de Frixus, los Argonautas a remo penetran en el río Fasis que desemboca en el hoy puerto soviético de Poti.

Aquí termina la ruta de los Argonautas, que arrían vela y palo para que el Argo se deslice entre los juncos. Sueltan el ancla de piedra y caen en profundo sueño, vencidos por la fatiga, en espera de que amanezca para llegar a presencia del rey de Colchis.

En torno a la Leyenda.

En este largo viaje, el más audaz y extenso realizado hasta entonces por los griegos, los héroes cumplen el destino que les han trazado los dioses. Sus actos y sus hechos, sus virtudes y defectos, son inspirados por esa sorda rivalidad que rige la vida del Olimpo. Los dioses encarnados en las más extrañas personalidades, comparten y disfrutan todas las pasiones nobles y bajas, que darán como legado a los mortales que forjó Prometeo con la arcilla y el agua, pues sabía que en el suelo dormitaba la semilla del cielo. Para animar ese amasijo —obra de sus manos— pidió a las almas de todos los animales cualidades buenas y malas, y encerrólas en el pecho del hombre. Con la ayuda de la sabia Atenea les insufló el hálito divino y pacientemente les enseñó el misterio de la vida, el placer y el dolor, la alegría y las tristezas. Les inició en todos los regalos y las artes de la existencia y por ellos robó —a costa del más terrible castigo— el fuego que devora y purifica. Jasón y sus compañeros serían testigos de los dolores que padeció el titán, cuando al aproximarse a su destino, oyeron en lo alto

el aleteo poderoso del águila vengadora que todos los días se dirigía al Cáucaso a devorar el hígado de Prometeo, cuyos gemidos escucharían poco después.

En su itinerario de Lolcos a Colchis suceden hechos en que los Argonautas con el apoyo de los dioses acometen y realizan hazañas portentosas. En Lemnos, poco antes de lanzarse en el incógnito viaje, disfrutaron de lleno de todos los placeres en la corte de la hermosa reina Hipsipile. En este país sin hombres las mujeres les brindaron su amor y la ciudad fue teatro de alegres danzas y banquetes, ascendía al cielo el humo aromático de los sacrificios y los héroes se olvidaron de su misión y dejaron pasar los muelles días hasta cuando hércules les recordó sus deberes, increpándoles su volubilidad e inconstancia. En la isla de Cízico se batieron con descomunales gigantes y liberaron del temor a los buenos y pacíficos doliones que los venían soportando por largo tiempo. En el reino de los bébrices fueron desafiados por el salvaje rey Amico, que exigió una lucha a brazo partido con el mejor de los pugilistas, so pena de no dejarlos abandonar jamás sus estados. El descomunal luchador fue vencido en franca lid por Polux, hijo de Leda, quien lo derribó como a gigantesco roble en un golpe propinado en la cabeza que le hundió los huesos del cráneo; acometidos por sus soldados que clamaban venganza, los griegos se volvieron contra ellos causándoles mortales pérdidas. En el país de Bitinia donde el buen rey Fineo era víctima de las Harpías, horribles aves monstruosas, los hijos de Móreas, Cetes y Calais, las persiguieron por los aires a flechazos, alejándolas para siempre de esta corte. Cruzaron por el angosto estrecho de las Simplégadas en medio del mugido y el estruendo constante del refluo de las aguas impulsadas contra las rocas por el viento del Noreste. Se alejaron a tiempo del país de las amazonas que buscaban su ruina y llegados a tierras de los Cálibes fueron atacados por las Estinfálidas, aves de poderosas alas cuyas plumas puntiagudas causaban el mismo efecto de las flechas. Desafiando toda clase de peligros y a través de tempestades y amenazadores vientos alcanzaron por fin la isla de Aretia o de Ares donde recogieron a los hijos de Frixo, que habiendo naufragado arrastraban vida miserable, sin esperanza de salvación. Levaron anclas y sin mayores contratiempos descubrieron con ojos gozosos, que habían llegado a la desemboca-

dura del río Fasis, ya en las tierras de la Cólquida. Habían llegado a su lugar de destino, pero debían enfrentarse a los peligros que los acechaban en el reino del monarca Eetes.

Al día siguiente, envueltos gracias a Hera, en una espesa niebla, para asegurar su protección hasta su arribo al palacio real, pudieron contemplar con asombro las poderosas columnas; la saliente cornisa de piedra guarnecida con tríglifos que rodeaba todo el edificio; el alto emparrado bajo el cual murmuraban cuatro surtidores que fluían sin cesar, el primero leche, el segundo vino, el tercero aceite aromático y el cuarto, agua caliente en invierno y fría en verano; unos toros con patas de bronce, obra de Hefesto por cuyas bocas salía terrible hálito de fuego; un arado de hierro puro, el mismo que empleó Hefesto, cuando salvó la vida a Eetes en lucha con los gigantes. Luego, el peristilo del patio central a continuación del vestíbulo; a derecha e izquierda, tras las columnas, numerosas entradas y aposentos; a continuación se elevaban los dos palacios principales, el del rey y el de su hijo Absirto. En seguida los departamentos que albergaban a las doncellas del servicio y las dos hijas del rey, Calcíope y Medea. Cuando esta última salía de su aposento contempló con tal asombro, que dejó escapar un grito, la apostura y belleza viril de los comisionados del Argo. A su exclamación Calcíope, su hermana se asomó a la puerta de su aposento y su curiosidad se trocó en gritos de entusiasmo cuando reconoció entre la delegación a sus propios hijos.

Entre lágrimas y exclamaciones de júbilo proferidos, por las dos hermanas y su madre Ideja fueron recibidos los héroes. A través del vestíbulo pudieron percibir el grato olor de la carne de toros y carneros sacrificados para obsequiar a los recién llegados.

Flotaba en el espacio el dios del Amor y Medea, con presa de súbita dolencia, no podía apartar los ojos de Jasón a quien repentinamente comenzó a amar hasta el fin de sus días. Todo lo demás parecía haberse borrado de su mente.

A partir de este momento el drama que habría de producirse comenzó a hilvanarse en la rueda del destino. Sobrevino por último el feroz encuentro de Jasón contra los toros que arrojaban fuego, hasta cuando gracias a la traición de Medea

que empleó sus artes mágicas, éste logró sujetarlos, huncirles el arado, obligarlos a surcar el terreno y sembrar los colmillos del dragón, que había exigido el monarca Eetes que acceder a entregar a Jasón el Vello de Oro. Después de su triunfo, que el rey contempló asombrado, y una vez muerto su feroz guardián, Medea escapó con los Argonautas que a bordo del Argo abandonaron la Cólquida llevando consigo el precioso vellón del carnero.

Enterado el rey de la traición de su hija, hizo que sus flotas y ejército persiguieran sin tregua a los Argonautas, quienes después de haber sorteado innúmeros peligros y asechanzas lograron por fin enrumbar hacia Grecia. A su paso, sin vacilar un instante, Medea vencida por el amor a Jasón, comenzó a perpetrar toda clase de espantables acciones que harían de su nombre un símbolo de amor y de tragedia para el teatro griego y un tema para que novelistas, poetas, dramaturgos y ensayistas desarrollaran su imaginación creando un mundo de fantasía y de imperecedera recordación en la literatura de todos los tiempos.

Entre la historia y la leyenda.

Hasta aquí la sucinta relación extraída del mito encantador que forjaron los griegos y que han conservado los cultores de la antigüedad, dentro de ese mundo imaginativo que alimenta siempre el espíritu inquieto de los hombres y mujeres de todos los tiempos. Expertos navegantes y eminentes profesores de geografía, buceando incansablemente por entre el acervo de elementos de juicio disponibles, han terminado por llegar a algunas conclusiones, por cierto del mayor interés. En primer término, la toponimia les procuró las bases para reconstruir las rutas de los Argonautas en su viaje a la Cólquida atravesando los mares y estrechos desconocidos hasta entonces y su regreso a Grecia remontando el brazo de un río hasta desembocar en el Adriático.

Al parecer, según ellos, el legendario río Fasis es hoy el Rioni caucásico; un brazo del Danubio pudo ser el mismo que conforme a los antiguos llevaba al mar de Sicilia; la vieja ruta comercial que por el Semmering, el Save y el bosque de Birn-

baum, iba del Danubio al Mediterráneo, cuyo sector más meridional podría haberse recorrido por agua a partir de las antiguas instalaciones, para arrastrar luego los barcos por tierra. La metrópoli homónima del país de Cólquida corresponde seguramente a la actual Poti, ciudad petrolífera situada algo al norte del puerto georgino de Batúm a orillas del Mar Negro.

He aquí pues que el antiguo reino de Cólquida estaba enclavado en la Georgia de hoy, que con sus cuatro millones de habitantes y sus 69.700 kilómetros cuadrados, limita al norte y sureste con las Repúblicas Soviéticas hermanas de la Federación Rusa, Azerbaidzhan y Armenia y al sur con Turquía; por el oeste baña sus costas el Mar Negro.

Los georgianos forman uno de los pueblos más antiguos del mundo y pertenecen a la rama meridional de la gran raza europea. Se autodeterminan Kartvelos y llaman a su patria Sakartvelo. Los romanos la denominaron Iberia y los rusos Iveria. Habitan allí osetinos, abjasios, adzharos, armenios, rusos, azerbaidzhanos, griegos, ucranianos, judíos, kurdos y asirios. Se adentra pues en la lejanía de los siglos y sus raíces genéticas tienen que ver con las antiquísimas tribus cultas que poblaban Asia Menor, las zonas meridionales del Cáucaso y Mesopotamia, es decir, los heteos, caldeos y súmeros.

El cambio de ruta de los expedicionarios a su regreso a la Helade podría considerarse una "vaga reminiscencia de días mucho más remotos", y ya no cabría catalogar su aventura en la categoría de simple leyenda.

Los bueyes del monarca Eetes, aquellos flamígeros toros, bestias rebeldes provistas de un arado todo de hierro que desde su establo subterráneo escupían pez y azufre y quedaban envueltos en humo y llamas cuando Jasón debía dar una vuelta al campo guiando el arado, y que en tal forma asustaron al rubio héroe, opinan los eruditos en leyendas, que no era cosa distinta que petróleo, otra palabra clave, que sin embargo no aparece registrada en los relatos de Heródoto. Pero, en cambio, éste sí conoció la brea y nos informa que "la localidad de Fasis, construida sobre pilotes en tornasolados pantanos, fue el principal centro de exportación de este producto.

Y en cuanto hace al Vellochino de Oro, los eruditos comentaristas dan una explicación que dejamos a juicio de los lectores de las leyendas griegas, tal como la recogió el Geógrafo Estrabón, que vivió en la época del nacimiento de Cristo: dice que "a orillas del Fasis los naturales acostumbraban, desde muy antiguo, colocar pieles de carnero en el río, con objeto de recoger las pepitas de oro que sus aguas acarreaban". A este propósito, el célebre doctor Paul Hermann, de quien tanto hemos aprendido, comenta que hoy en día, en vez de pieles de carnero se utilizan cedazos fabricados "ad-hoc".

Tanta impresión ha despertado el Vellochino de Oro en la imaginación de todas las épocas, que el Toisón de Oro, sería el emblema de la Orden Caballeresca fundada en 1429 por Felipe el Bueno, Duque de Borgoña. Valerio Flaco, ilustre romano exalta el Vellochino y los Argonautas en un poema latino que dejó sin concluir.

Y por lo que concierne a Medea, "personaje preferido por los poetas trágicos, desde Eurípides hasta el dramaturgo norteamericano Robinson Jeffers, también las viejas leyendas arrojan una extraña luz". Conforme corresponde —según los griegos— a una hija de reyes y princesa del mundo micénico, es tan rubia y de ojos tan azules como el bello Jasón. Pero, el lector que sigue desprevenidamente la aparición de esta sombría beldad, debe concluir necesariamente, que se trata de una bruja malvada, hechicera y envenenadora infernal. Esta mujercita, hija del monarca Eetes, de rubias trenzas, deja tras de sí una huella de muertes y de actos monstruosos. No vacila la despiadada hechicera, por amor a Jasón, en traicionar a su propio padre, adormeciendo al dragón por medio de filtros, para dar lugar a que el Argonauta acabe con el fiel guardián. Tampoco duda por un momento en sacrificar por intermedio de Jasón a su tierno hermano que los acompaña en su fuga hacia Grecia, con la más horrenda y fría decisión, despedazando luego el cadáver y arrojando sus trozos al mar, pues estaba segura de que su padre habría de detener la flota para recoger los restos fragmentados de su hijo. Y por último, dejando de mencionar muchos otros crímenes, la satánica mujer, termina por envenenar a sus propios hijos cuando la abandona Jasón, seguramente horrorizado de sus actos.

Estos griegos de entonces, por más que admiraron los actos de valor como el de Jasón y sus compañeros, amaban más aún otra virtud, la generosidad. Para ellos constituía el rasgo más noble de virilidad.

Y por último, ya para terminar nuestra relación, debemos consignar que fue tanta la trascendencia que alcanzó esta aventura de los héroes griegos de la nave Argo y del constructor Argos, que este último vocablo sirvió para designar en la mitología griega un monstruo de cien ojos, de los cuales solamente dos dormían a la vez. Con los noventa y ocho restantes debía vigilar, por órdenes de la celosa diosa Hera, a la ninfa, Io, a la que Zeus transformó en vaca, para esconderla de su esposa. Por orden de Zeus el dios Hermes dio muerte al monstruo y liberó a Io. Entonces, decepcionada la diosa Hera, dispersó los ojos de Argos en la cola de su pavo real.

OBRAS CONSULTADAS

SCHWAB, Gustav. Las más bellas leyendas de la "Antigüedad Clásica". Editorial Labor S. A. Barcelona.

U.R.S.S., Georgia. Editorial de la Agencia de Prensa Novosti - Moscú.

OBREGON, Mauricio. De los Argonautas a los Astronautas. Círculo de Lectores.

HERMANN, Paul: La aventura de los primeros descubrimientos. Editorial Labor S. A. Barcelona.